

LOUIS EL RÍAS PRESENTA

Maddylandia queda a 8 horas

No miréis el bigote de la señora Marc

Dunky disfrazado de conejo de Pascua

YO

¡Ey!

Edgar y su flauta de mercadillo

El pijama está guay para hacer karate

Mis padres son unos petardos

A Edgar le chiflan sus piedras

Una siestecita en clase

PETE JOHNSON

# CÓMO CAMELARTE A TUS PADRES



CÓMO CAMELARTE  
A TUS PADRES

Pete Johnson

*Este libro está dedicado a la magnífica bibliotecaria  
Valerie Christie, cuyo apoyo tanto aprecio.*

Título original: *How to Fool Your Parents*

© 2016 Pete Johnson, por el texto

© 2016 Nikalas Catlow, por las ilustraciones

Publicado con permiso de Award Publications Ltd.

© 2021 Grupo Editorial Bruño, S. L.

Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

**www.brunolibros.es**

Dirección Editorial: Begoña Lozano

Traducción: Silvia Herreros de Tejada

Edición: María José Guitián

Preimpresión: Equipo Bruño

Diseño de cubierta: Miguel Ángel Parreño (MAPO)

Reservados todos los derechos.

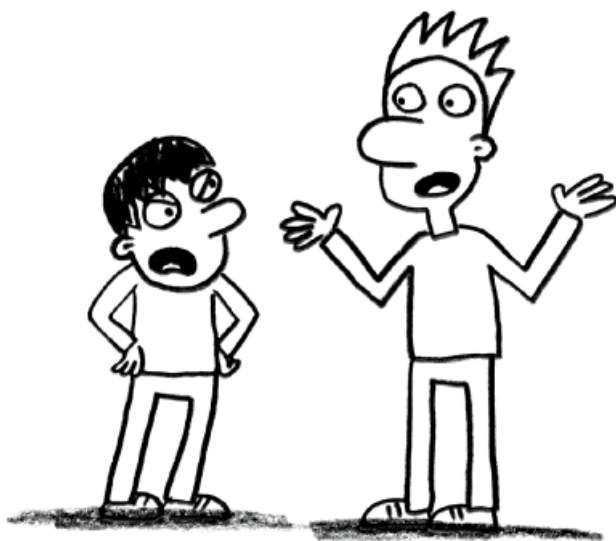
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Pueden utilizarse citas siempre que se mencione su procedencia.

ISBN: 978-84-696-6300-4

D. legal: M-4921-2021



# CÓMO CAMELARTE A TUS PADRES







# CAPÍTULO 1

## UNA SIESTA REPARADORA

Martes, 25 de febrero

4.30 p. m.

Me gustaría hacer una confesión.

Yo, Louis —nombre completo: Louis el Risas—, en torno a las 3.45 p. m. del día de hoy, he dicho: «Señor, estoy increíblemente arrepentido y me gustaría ofrecerme para recibir un doble castigo, aquí y ahora».

¿Me avergüenzo de mí mismo? Completamente. Pero no me quedaba otra opción. Verás, estoy en una situación superdesesperada. Bueno, en realidad... Mejor te lo cuento con más detalle.

Era la última clase del día, Física. ¡Rollo! Con Duncan (el profe más conocido como Dunky). ¡Megarrollo!

Y a mí, bueno, a cada minuto que pasaba me entraba un poquito más de sueño. Con lo que yo pretendí descansar los ojos un par de segundos... Pero, por desgracia, se me cayó la cabeza al pecho y...

«Siesta reparadora» sería el nombre técnico para lo que pasó después. Porque si Dunky me hubiese dejado en paz, me habría despertado lleno de energía y dispuestísimo a aprender un montón de cosas. Pero no, lo que hizo fue sisearme al oído:

—En mi clase no se puede dormir.

«Si no hablara usted tan alto, sí que se podría, sí», quise responder, aunque sabía muy bien que un momento como ese requería cierto tacto. Así que traté de explicarle que solamente había echado un sueñecito reparador. Una práctica, además, que está muy de moda últimamente.

Sin embargo, no se molestó en escucharme. En vez de eso, gruñó, destilando sarcasmo por los cuatro costados:

—Me alegro de que se haya usted reincorporado, dado que sus contribuciones a mis lecciones

son tan esenciales. —Mis compañeros se troncharon de risa, por cierto (porque nunca digo ni una sola palabra)—. Cuando acabe mi clase ya discutiremos usted y yo sus hábitos de sueño.

Después, mientras todo el mundo salía escopetado, yo me acerqué a Dunky con una sonrisa valiente. Él se levantó de su silla. Es altísimo y muy delgado, con la cara larga y arrugada, una barba gris asquerosa y los ojos más pequeños que te puedas imaginar: como dos pasas que te miraran fijamente.

Vamos al grano. Tenía que conseguir que Dunky se pusiera de mi lado, porque necesitaba un superfavor. O sea, ahora estarás pensando que estaba condenado al fracaso, y no te faltaría razón, la verdad. Pero mi misión era conseguir lo imposible.

Por eso, cuando anunció que al día siguiente me tocaba castigo doble, dije, fingiendo entusiasmo:

—Muchísimas gracias, señor Duncan, está claro que me lo merezco.

Y después musité las palabras que te he confesado antes y que no puedo soportar repetir.

Bueno, pues adivina lo que me contestó Dunky tras una oferta de tales características... Nada. Se



limitó a señalar la mesa que estaba delante de él con su mano rugosa.

Y aquí estoy, sentado desde entonces, rellenando línea tras línea, página tras página. Sin parar ni un segundo. Bueno, solo he parado cuando ese hombre ha salido de clase un momento.

CUIDADO. Que ya vuelve.

Pronto volveré con más info.

*4.50 p. m.*

Le llevé mi castigo a Dunky muy orgulloso.

—Cinco páginas y media —le dije—, y sin rencor. Aquí estamos los dos, de buen rollo.

Ni siquiera miró todo lo que había escrito. Muy grosero por su parte, sí, pero la razón estaba clara. Seguía enfadado porque me había dormido en su clase. Y de una persona que vive de su público a otra, tengo que decir que lo entiendo; no es plato de buen gusto que tu audiencia desconecte de tal manera.

Total, que le dije:

—Le aseguro, señor Duncan, que su clase de hoy no ha sido más aburrida de lo normal. Quiero decir que no ha sido nada aburrida —añadí rápidamente—. Ha sido una clase fascinante, de hecho.

Especialmente... —Intenté recordar alguna cosa que hubiese dicho, pero imposible, así que farfullé—: Ha tenido tantos momentos estelares que soy incapaz de elegir uno... —Y sonreí, en plan encantador.

El tipo ni se inmutó. La mejor manera de describir su reacción sería decir que puso cara de póker. Y yo tenía que conseguir, como fuera, que ese profesor de traje gris que merodeaba por el colegio cual fantasma siniestro se compadeciera de mí.

Pero ¿cómo?

Claramente, no me quedaba otra opción que ganarme su confianza, así que le pregunté:

—Señor, ¿quiere saber la verdadera razón por la que me he dormido en su clase?

¿Puede ser que percibiera un mínimo destello de interés en sus ojos diminutos? El caso es que asintió, aunque tan despacio como un juguete que necesita que le den cuerda.

—Puede que se haya enterado, señor, de que mi gran sueño es ser humorista. Y que hace muy poco tiempo salí en la televisión durante tres minutos enteros, contando chistes en el programa de mi amiga Poppy. Quizá incluso me viese —añadí esperanzado.

—No —gruñó.

—Da igual. El caso es que después de eso me invitaron a un *vlog*. ¿Sabe lo que es?

—No —volvió a gruñir.

—No se preocupe, seguro que mucha gente de su madura edad tampoco tiene ni idea. Los *vlogs* son vídeos grabados por adolescentes que luego se cuelgan en internet.

Dudaba incluso de que Dunky supiera lo que era internet, pero bueno...

—Y resulta que el *vlog* más popular del momento es el de Noah y Lily. Tienen casi diez millones de seguidores. ¡Imagínese! —Forcé una pequeña pausa para que Dunky se lo pudiera imaginar—. O sea, que se hace a la idea de cuánto me emocionó que me invitaran a su programa, ¿verdad?

Me dio la sensación de que Dunky perdía el hilo, de manera que tomé carrerilla.

—Me invitaron para ayudar a un par de chavales con sus problemas y para ser gracioso en general, que es lo mío. Y no se lo va a creer: resulta que tuve tanto éxito que me han vuelto a invitar para ir este domingo. Como no quepo en mí de gozo, anoche casi no pude dormir, y ese es el motivo por el que tuve que echarme la siesta en su clase.

Mentira, porque aunque estoy superemocionado por lo del domingo, anoche dormí del tirón. Pero así soy yo: siempre intentando esparcir alegría a mi alrededor para levantar el ánimo de la gente.

—Mi pequeña siesta no tuvo nada que ver con usted, señor —le aclaré—. Y esto seguro que le alegra, ¿verdad? Así que le estaría muy agradecido si usted, a cambio, me hiciera un favor.

A Dunky casi se le salieron las cejas de la cabeza.

—Como sabe, esta tarde hay reunión de padres, y los míos vendrán encantados para escuchar sus siempre sabias palabras. Por supuesto, le animo a hablar de lo que quiera, faltaría más. Pero deseo compartir con usted el hecho de que me haría muy feliz que no mencionara mi siesta reparadora. Noticias así suelen provocar ideas terribles en las mentes de algunos padres, sobre todo si son impresionables, como es el caso de los míos. Puede que incluso se les ocurra hacer algo drástico, como prohibirme aparecer en el *vlog* de Noah y Lily el domingo.

O sea: hasta Dunky tenía que ser consciente de la increíble y extraordinaria oportunidad que es reaparecer en el programa.

—A cambio, estoy dispuesto a cumplir todos los castigos que tenga a bien imponerme. E incluso a vaciar las papeleras después de clase.

A los profes les encanta que se muestre disposición total, ¿no?

—Para lo que necesite, cuente conmigo, en serio. Y permaneceré siempre en deuda con usted.

Esto último se lo escuché decir a alguien en una película, y me gustó tanto cómo sonó que lo volví a repetir, muy despacio:

—Permaneceré... siempre... en deuda...

Dunky se levantó de sopetón (ese hombre se mueve como una marioneta gigante) y yo añadí:

—Y si quiere que le lleve el maletín al coche...

Eso lo solté en plan desesperado porque de repente me dio la sensación de que no conseguía llevar a Dunky a mi terreno. Sin embargo, me sonrió ligeramente mientras susurraba (él nunca levanta la voz):

—Estoy deseando conocer a tus padres.

—Ellos también.

—Tengo tantas cosas que contarles... —continuó él, muy serio, y se marchó sin más.

No estoy muy seguro de lo que quería decir, pero la intuición me dice que tiene mala pinta, ¿verdad? Supermalísima pinta.